

si te veo tan miedoso, me re-i-ré de ti. ¿Comprendes? Me re-i-ré. ¡Y es lo único que le faltaba á mi venganza para consumarse! ¡Reir! ¡La risa! ¡Oh! ¡Cómo te aborrezco! Ya no callo mas...

Federico la miraba extraviado, loco. ¿Tendría pesadilla? ¿Era ya la muerte, la fea muerte, la condenación, el castigo de ultratumba? ¿Era la forma que tomaba, para torturarle, su conciencia de pecador?

—¡Juana! —tartamudeó. — ¿Estoy soñando? ¿Venganza? ¿Me aborreces?

Ella se aproximó más; acercó su boca á la cara de Federico, y como filtrándole las palabras al través de la piel, repitió:

—Te aborrezco. Me creíste oveja. Soy fiera, fiera; oveja no. Me ofendiste, me vendiste, me ultrajaste, torturaste mi alma, me enloqueciste, me alimentaste con ajeno y con hiel,—y ni aun te tomaste el trabajo de reconocer que mi juventud se marchitaba y se ajaba mi hermosura y se torcía mi alma, antes confiada y generosa! Y cuando te sentiste herido de muerte—de muerte, sí, y pronta; ¡lo has acertado...!—entonces me llamaste: «Juana, á servirme de enfermera... Juana, á darme la poción...»

—¡Y lo hiciste de un modo sublime, Juana! —sollozó él.—¡Y fuiste una mártir á mi cabeza! ¡No lo niegues, querida mía! ¡Perdónamel!

Juana soltó la carcajada. Era su reír un acceso nervioso; asemejábase á una convulsión, que retorció sus fibras.

—¡Sí que lo hice!—repitió por fin, dominándose con energía tremenda.—¡Sí que lo hice! ¡Va-

ya si te dí la poción! Cada día te dí la poción... ¡que más daño te hiciese! ¡Aquella y no otra! ¡Ah! ¡No lo sospechabas? ¡Tú sí que has sido engañado! ¡Tú sí! ¡Tú sí!

Oyéronse toquecitos en la puerta. La voz respetuosa de un criado anunció:

—El señor Doctor.

Y entró el joven médico, guanteado, afeitado, afable, preguntando desde el umbral:

—¿Cómo sigue el enfermo? ¿Y la incomparable enfermera?

## VII

## La reja

Sor Casilda alzó el pálido rostro, que sonroseaba una emoción repentina, y contestó á la tornera:

—Voy, voy ahora mismo.

La llamaban á la reja baja; estaba allí su primo Luis—casi su hermano,—que deseaba verla; era el generoso bienhechor del convento, el que no hacía dos meses había contribuído espléndidamente para reparar la torre de la iglesia, que amenazaba ruína, y las contadas veces que venía á hablar con Sor Casilda, se le permitía que conversasen sin tasa de tiempo ni vigilancia de oído.

El esperaba ya en el locutorio, salita limpia, esterada, enjalbegada, amueblada con bancos de madera, sillas de paja y dos fraileros. Era allí casi tangible el silencio, el recogimiento casi palpable; la celosía amortiguaba la luz solar; ningún ruido venía de la desierta calleja toledana, y los cuadros oscuros, bituminosos, de negro marco, aumentaban la impresión de melancolía, como de indiferencia hacia la vida, que infundía aquel lugar.

Luis, desplomado en uno de los dos amplios sillones de baqueta, puestos los codos en los descansaderos, dejaba colgar un brazo, y en la palma de la mano del otro reclinaba la frente. En esta misma actitud de cansera dolorosa estaba cuando, á pasó quedo, la monja avanzó, y al detenerse pronunció un ¡ssst! suave.

—¿Qué es eso, primo? ¿estás malo?—articuló Sor Casilda. Luis había vuelto el rostro en dirección de la reja, y la monja le consideraba con susto; tal le hallaba de desencajado, los ojos asombrados y fijos, la boca contraída, negros y resecos de calentura los labios, el aliento que de ellos salía, impuro y fétido como la exhalación que se levanta de revuelto pantano, en horas de tormenta.

—Malo, no — respondió Luis. — No tengo nada de lo que se dice enfermedad. Lo que tengo es pena... ¿oyes? pena horrible... Estoy en una de esas horas que hay... ¡horas negras! .. y vengo á que alguien me muestre un poco de cariño, porque ¡me hace tanta falta...!

La monja se estremeció. Escuchaba con sen-

cillo agrado la voz de Luis cuando hablaba de cosas indiferentes; pero, á poco que el sentimiento la timbrase, recordaba con punzante intensidad que era la misma voz, la única que había derramado en su oído inolvidables conceptos... Por rápido y soso que hubiese sido el noviazgo; por pronto que se hubiese convertido en fraternidad, Sor Casilda guardaba allá dentro, invisible, una herida... herida dulce, cruel, sin cesar ofrecida á Dios, sólo por él curada, cerrada nunca. Para que la herida no la doliese tanto, Casilda había buscado en el convento ese bálsamo pasado de moda, eternamente eficaz, del aislamiento, de la muerte parcial, del renunciar y del obedecer. No fué misticismo; fué más bien una especie de filosofía humana, instintiva, la que aconsejó á la niña que ocultase sus formas en el hábito de ruda estameña y cubriese su cabeza con la toca. Como tantas almas enfermas y exhaustas, buscó el reposo, única dicha de los que irremisiblemente pierden las esperanzas terrenas. Casi se hubiese sentido feliz en el convento si ignorase la situación de Luis, su historia privada. Pero la conocía. ¿Cómo? ¿Por referencias de quién? Ahí está lo que no acertaría á explicar de un modo concreto; pero sabía, sabía; todo había llegado hasta ella, cual llega penetrante olor de flores malditas salvando rejás y muros. Las reclusas están más al corriente de lo que se cree de cuanto en el mundo ocurre, no por relatos circunstanciados, sino por indicaciones expresivas. Un movimiento de cejas, un entornar de ojos, se interpretan en el claustro;

la imaginación de la encerrada hace lo demás. Los gestos y las medias palabras referentes á Luis se traducían para Sor Casilda de esta suerte:—«En pecado. Por consecuencia, en más tribulación y tormento que alegría.»—Y rezaba, rezaba, con un ímpetu de esos que llegan *á más allá* misterioso. ¡Que Luis, algún día, se arrepintiese y se salvase!—aunque á ella le fuesen cerradas las puertas divinas, tras de las cuales no hay mentiras, ni tristezas, ni miserias, ni culpas... Y ahora que le veía indudablemente en el primer peldaño de la escala del arrepentimiento, bajo la impresión de una catástrofe moral de las que en un instante inmutan la conciencia, Sor Casilda, en vez de complacencia, sentía una piedad infinita, inmensa, arrasadora, que derretía su corazón y conmovía sus entrañas: algo muy trágico, muy hermoso y muy fuerte, que la arrebataba y la trastornaba, haciéndola olvidar en un minuto los propósitos y las aspiraciones de tantos años...

Con la violencia del impulso de empujarlos, los hierros de la reja se incrustaban en su cuerpo enflaquecido y lastimaban sus afiladas y descoloridas manos, que pugnaban por alcanzar, al través de ellos, á Luis. El cual, ahora, sollozaba muy bajo, quejándose como se quejan los niños cuando están enfermos y no saben explicar su mal á las madres. La monja repetía suplicante:

—Pero cuéntame... Pero, di, Luis, di por Dios... Desahoga, desahoga...

—¡No puedo!—gimió él, abrumado por lo inútil, por lo estéril de su agonía.—Casilda, no

puedo. Tengo ¿ves? una argolla de garrote en la garganta y noto vértigo en la cabeza. ¡Esa reja baila...! ¡Tú también! Es raro ¿verdad? que un hombre, un hombre que no es un necio ni un cobarde, se ponga así por... por una... ¡por una infamia de mujer! Mira, estoy loco, Casilda; si digo algún disparate, perdónamelo. ¡Dichosa tú, que has logrado vivir lejos de estos combates! ¡Si supieses cuánto se sufre! No, ni lo sospechas. Reza por mí... para que me muera pronto, ¿entiendes, hija mía? No vayas á equivocar la oración y solicites largo plazo á mi existir... ¡Casilda, Casilda! Tú me has querido bien. ¡Compadécete de mí! ¡Que alguien me compadezca!

Ahora sí que la reja bailaba—mejor dicho, trepidaba como si fuese á desprenderse del rudo marco de piedra donde sólidamente la fijaban emplomaduras enormes. La monja, rabiosamente, con el peso de su débil cuerpo y el escaso vigor de sus bracillos de anémica y sedentaria, pretendía arrancar el primer enrejado... Luis vió el sublime é insensato movimiento y lo agradeció con una mirada más dolorosa que las palabras. Sor Casilda redobló sus esfuerzos. Jadeaba; resollaba hondo y congojoso como el leñador cuando descarga el hacha; se estropeaba los dedos, se deshacía las muñecas, y repetía en su afán:

—¡Luis! ¡Luis! ayúdame... Quiero salir. Ayúdame, rompámosla...

Luis se encogió de hombros. Aquella locura de su pobre prima le traía á él, por contraste y

comparación, á la realidad. ¡Romper una reja así! Y cuando por caso imposible la rompiese, ¿no era doble la reja? ¿No tendrían que arrancar la segunda, erizada de picos de hierro? Aquella reja era el propio destino de la monja; y el suyo, el de Luis, aquel dolor desesperado é incurable, que arrastraría siempre consigo. Se levantó, y acercando el lívido rostro á un claro de la reja, murmuró:

—Casilda... déjalo... No puedes, Casilda. No podemos. Y si pudiésemos... ¿para qué? Es inútil. Todo es inútil en el mundo. Tu compasión... y basta...

## VIII

## El revólver

En un acceso de confianza, de esos que provoca la familiaridad y convivencia de los balnearios, la enferma del corazón me refirió su mal, con todos los detalles de sofocaciones, violentas palpitaciones, vértigos, síncope, colapsos, en que se ve llegar la última hora... Mientras hablaba, la miraba yo atentamente. Era una mujer como de treinta y cinco á treinta y seis años, estropeada por el padecimiento; al menos tal creí, aunque prolongado el examen, empecé á suponer que hubiese algo más allá de lo físico en su ruina. Hablaba y se expresaba, en efecto, como quien ha sufrido mucho, y yo sé que los

males del cuerpo, generalmente, cuando no son de inminente gravedad, no bastan para producir ese marasmo, ese radical abatimiento. Y, notando cómo las anchas hojas de los plátanos, tocadas de carmín por la mano artística del otoño, caían á tierra majestuosamente y quedaban extendidas cual manos cortadas, la hice observar, para arrancar confidencias, lo pasajero de todo, la melancolía del tránsito de las cosas...

—Nada es nada—me contestó, comprendiendo instantáneamente que, no una curiosidad, sino una compasión, llamaba á las puertas de su espíritu.—Nada es nada... á no ser que nosotros mismos convirtamos ese nada en algo. Ojalá lo viésemos todo, siempre, con el sentimiento ligero, aunque triste, que nos produce la caída de ese follaje sobre la arena.

El encendimiento enfermo de sus mejillas se avivó, y entonces me dí cuenta de que habría sido muy hermosa, aunque estuviese su hermosura borrada y barrida, lo mismo que las tintas de un cuadro fino, al cual se le pasa el algodón impregnado de alcohol. Su pelo rubio y sedoso mostraba rastros de ceniza, canas precoces... Sus facciones habíanse marchitado; la tez, sobre todo, revelaba esas alteraciones de la sangre que son envenenamientos lentos, descomposiciones del organismo. Los ojos, de un azul amante, con vetas negras, debieron de atraer en otro tiempo, pero ahora los afeaba algo peor que los años; una especie de extravío, que por momentos les prestaba relucir de locura.